**EL MISTERIO PASCUAL**

Conozcamos el núcleo de la fe

**Miguel Picado G.**

Un sector de la pastoral que practica la Iglesia Católica –al menos en Centroamérica– no puede ser más variopinto. Medalla Milagrosa, Padre Pío, pan bendito de San Martín (el día quinto de cada mes), el rosario de la aurora, las novenas, los triduos, [Santa Faustina Kowalska](https://www.aciprensa.com/recursos/santa-faustina-kowalska-2121/), la [Fiesta de la Divina Misericordia,](https://www.aciprensa.com/recursos/fiesta-de-la-divina-misericordia-segundo-domingo-de-pascua-2120/) la coronilla, Josemaría Escrivá de Balaguer, las innumerables advocaciones  marianas, con una iconografía en la cual María siempre lleva en brazos al pequeño (con lo cual se sugiere que ella tiene cierto poder sobre Él). En este enlistado no olvidemos los patronos de cada pueblo, las peregrinaciones, los santos “especialistas” para resolver situaciones concretas como enfermedades, vicios, endeudamientos, causas difíciles o desesperadas. Recordemos también la práctica de los nueve primeros viernes de cada mes, y la milagrosa medalla de San Benito.

Se trata de un complicado conjunto que hoy sufre un declive irremediable. Esa caída podría significar cierto debilitamiento de la práctica religiosa, pues muchos fieles se quedarían prácticamente sin nada. Cabe preguntar a los promotores de estos mecanismos –que a veces lindan con la superstición y la santería– si de verdad salvan, si encaminan la vida de las personas hacia los valores del evangelio.

En este pequeño trabajo se hace una interpretación del Misterio Pascual, el núcleo central de la fe, la muerte y resurrección de Cristo.

El Misterio Pascual se encuentra –en la pastoral y la predicación– como implícito: pocas veces se le comenta y explica. Si bien en la eucaristía, quien preside proclama: “Este es el sacramento de nuestra fe”, y la asamblea responde: “Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección, ven Señor Jesús”, la frase se repite sin saber mucho de qué se trata. La Iglesia primitiva o por mejor decir, el primer conjunto de iglesias, se extendió por toda la cuenca del Mediterráneo y más allá, anunciando este Misterio.

El Concilio Vaticano II, en la Constitución Sacrosanctum Concilium declaró:

La expresión Misterio Pascual indica la unidad profunda y salvífica entre todos los misterios de la vida de Jesús, especialmente los referentes a “su pasión, resurrección de entre los muertos y gloriosa ascensión” La palabra “misterio” señala la trascendencia del don de Dios (que supera toda ciencia y expectativa humana), así como su manifestación, cercanía y comunicación salvífica y gratuita (Sacrosanctum Concilium, 5).

El papa Francisco, para citar una intervención contemporánea, se refirió al Misterio Pascual en su mensaje de cuaresma de 2020.

**En qué consiste el Misterio Pascual**

La ejecución ignominiosa y al extremo humillante y la resurrección de ese asesinado, fundó una fe que, pasados dos milenios, sigue vigente. Ha inspirado una cultura pródiga en derechos humanos, laborales, innovaciones científicas y médicas, arte, etc., aunque –por paradoja– los aparatos eclesiásticos con frecuencia se han opuesto a los frutos históricos del evangelio.

El Misterio Pascual se asienta sobre realidades a primera vista inverosímiles y tal vez por eso se evita predicarlo. ¿Cómo es posible que la salvación cuelgue de un madero? La Escritura dice “Maldito el que cuelga de un madero” (Gál 3,13 citando Dt 21,23). ¿Cómo se puede creer que Él fue rescatado (levantado) del sepulcro? Lo que nos consta a todos es que los muertos no vuelven. ¿Cómo esa muerte y esa resurrección, verificable como hecho histórico la primera, pero accesible la segunda solo por el testimonio de testigos calificados, haya originado una religión extendida por todo el mundo? ¿Por qué siguen creyendo millones y millones de personas que ese asesinato origina una vida nueva con poder salvífico?

Ese crimen y esa resurrección siguen presentes en nuestra cultura y algunos lo ven “casi” como naturales, lo cual perjudica a la fe cristiana, pues entonces entendemos poco o nada. Así se explica que aumenta el número de quienes no le encuentran ningún sentido. Hubo en la historia antigua miles de crucifixiones, pero solo de la de Cristo se ha dicho que tiene poder salvador. La pregunta es por qué.

En la cruz, Dios solidario

El Señor Jesús padece no solo aniquiladores maltratos corporales, humillaciones y mofas de parte de la chusma, formada por algunos espectadores casuales y la soldadesca. No por el pueblo judío en su conjunto, según pretende el antisemitismo. Las penas morales, el abandono de sus discípulos y la traición de uno de ellos lo hieren más hondo. Al pie de la cruz solo lo acompañan algunas mujeres (por lo general más valientes que los hombres) y Juan. Pero lo más doloroso es un particular desamparo de su Padre, a quien Él nos enseñó a llamar Abba, Papá. Jesús experimenta un profundo desconcierto y lo expresa con el terrible grito que recogen los evangelios de Mateo y Marcos: “Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado”, cita del salmo 21,1.

La crucifixión de Jesús, quién había dedicado su vida al cuidado de pobres, enfermos y pecadores, y al anuncio del reino de Dios, y el que llegara a ser un cadáver muestra, desde la perspectiva de la fe, la absoluta identificación de “Dios con nosotros”, el Emanuel.

Gracias a su cruz, en Jesucristo Dios no ha visto el sufrimiento humano “desde afuera”. Nadie ha tenido que explicárselo; lo ha vivido en carne propia. El abandono de su Padre lo identifica con toda persona que se siente abandonada, abismalmente sola, viviendo en una depresión propicia para el suicidio. En su muerte de crucificado, Dios en Cristo se hace solidario con todo el dolor humano. Lo padece, lo hace suyo. Es una exclusividad de la fe cristiana. Ni siquiera escapa del absurdo del morir. Le da sentido, aunque esto se verá hasta “el tercer día”.

Por los motivos dichos, tengo para mí que el único Dios creíble es el Crucificado. Porque Alá e incluso Yahvé y, por supuesto muchos dioses paganos, ven sufrir a las hormiguitas humanas desde afuera, sentados en una nube, por así decir. Son misericordiosos, pero no es lo mismo visitar al enfermo para expresarle nuestra solidaridad, que yacer en una cama, martirizado de dolor causado por un cáncer estomacal.

Crucificado entre delincuentes, Jesús es otro delincuente, mirando el asunto desde la ley y a los ojos de casi todos. Por algo escribe Pablo en 2 Cor 5,21: “Al que no conoció pecado, lo hizo pecado por nosotros”. He ahí la máxima solidaridad que se puede pensar, lo cual conlleva como consecuencia que toda persona humana, incluso en nuestros más abyectos comportamientos, puede acudir a Aquel que ha querido identificarse con nosotros en lo peor. Por eso, rezamos en uno de los prefacios de la misa: “Extendió sus brazos en la cruz y puso en paz todas las cosas”. Ese abrazo nos abraza a todos. Es una muerte sufrida sin odio, sin deseo de venganza, sin maldiciones. Es el triunfo de la paz y el perdón. El abrazo desde la cruz hace desaparecer todo pecado. Si nuestra fe es pequeña, recaeremos en nuestro pecado, como el prisionero puesto en libertad, que ya no sabe vivir libre y comete algún delito para regresar a la cárcel.

Ha causado mucha incomprensión sobre el Misterio Pascual la idea de que Jesucristo paga al Padre la deuda del pecado de la humanidad. Si así fuera, Dios Padre sería un monstruo sediento de sangre, del todo distinto al Padre que se nos ofrece en Lc 15, 11-32, la mal llamada parábola del Hijo pródigo, que debiera conocerse como la parábola de Dios Padre, en la cual Jesús lo presenta como dueño de una desconcertante capacidad de perdonar y dar vida nueva.

Nótese que única y exclusivamente una muerte tan ignominiosa como la del Señor Jesús contiene el poder salvífico para redimir a toda la humanidad. Otro tipo de muerte sería incapaz de expresar la solidaridad de Dios con cualquier ser humano, pues dejaría por fuera a los pecadores más extremos.

Laresurrección: nuevacreación

Desde el lugar de los muertos, el Padre levanta a su Hijo por el poder del Espíritu Santo. Ahora bien, desde que habitó en el seno virginal de María, Dios en Jesús comparte nuestro ADN. Es uno de los nuestros y lo será por los siglos de los siglos, para hablar de forma humana, pues somos incapaces de imaginar la eternidad.

El hecho de la resurrección no se limita a la persona de Jesús. Ciertamente, Él es el primero, pero nos abarca a todos. Es la puerta. Se puede comparar con una locomotora que arrastra cuesta arriba todos los vagones. De igual manera, se la entiende mal al suponer que ocurrirá después de la muerte. En realidad, comienza a suceder ahora, ya en esta vida y culmina en la eternidad de Dios. En el rito bautismal se recuerda o, mejor dicho, se actualiza (se realiza de nuevo) el Misterio Pascual. La inmersión en el agua remite a la muerte del Señor (se muere con Él) y al salir del agua se resucita en Él. Pero en la liturgia más utilizada, alrededor de una pila bautismal, el simbolismo se esfuma, excepto cuando el bautizando es un niño de brazos y se le sumerge por un instante.

En cada templo católico el crucifijo remite al Crucificado y en el sagrario, en las hostias consagradas, al Resucitado. Pero la mayoría de los fieles no relaciona la eucaristía con la resurrección del Señor. Lo digo porque lo he preguntado.

La resurrección de Jesús es una nueva creación, un nuevo Génesis, un renacimiento. Jesucristo resucitado es la primera creatura nueva. “He aquí que hago todas las cosas nuevas” (Ap21,5). Él es el primer “hombre nuevo”, locución usada por Pablo unas diez veces. Todos estamos llamados a ser un hombre o una mujer nuevos, mediante el proceso de la conversión. “La noche va pasando, el día está encima; desnudémonos, pues, de las obras de las tinieblas y vistamos las armas de la luz. Andemos como en pleno día, con dignidad (Rom 13, 11ss).

Nunca dice la Escritura que Jesús resucitó por sus propias fuerzas, sino que fue resucitado. No se trata de la reanimación de un cadáver, como ocurrió con Lázaro, quien después falleció como todos. El Resucitado es el mismo Jesús, pero en una nueva dimensión difícil de concebir. Él resaltó su identidad exhibiendo las heridas de las manos y del costado. Efectuó actos materiales como comer, pero atravesaba las paredes, se hacía presente sin avisar, era difícil reconocerlo, desaparecía de improviso como al final del episodio de Emaús.

Resulta decisivo, para entender la salvación en Cristo, que Jesús no se alió con los sacerdotes, ni con los fariseos, ni los letrados, ni los zelotes (especie de guerrilleros). Tampoco con las autoridades políticas impuestas por Roma, ni con los militares. De igual manera, se debe señalar que, en el aspecto doctrinal, el de las ideas, Jesús no tomó nada prestado de ninguno de dichos sectores de opinión y de poder. Por el contrario, las fuertes disputas que tuvo con ellos provocaron se le liquidara. Su interpretación de la ley y los profetas es soberanamente independiente, original, si bien su fondo religioso se alimenta del Antiguo Testamento.

Lo anterior nos permite percibir la independencia de la fe cristiana con respecto a la moral, las leyes, el Estado y las costumbres sociales. No se trata de un rechazo absoluto de estilo anarquista, sino de libertad. “Examinen todo y quédense con lo bueno”. (1 Tes 5,21). Cuando Pablo abre las puertas de la naciente Iglesia a los gentiles, los no judíos, fue consecuente con la autonomía originada en Cristo Jesús. Hoy la Iglesia católica –y supongo que también las otras– se muestra, en la moral excesivamente dependiente de las opiniones y costumbres del medio ambiente, con menoscabo de la libertad de los hijos de Dios (ver 2 Cor, 3,17). La excepción se da en asuntos de bioética, tales como el aborto y la eutanasia.

Un resumen bíblico-teológico completo del Misterio Pascual se encuentra en la Carta a los filipenses 2, 6-11, un himno cristológico que quizás Pablo habría escuchado en alguna comunidad cristiana e insertó en dicha carta. Ese himno indica que, en fecha muy temprana, la naciente Iglesia disponía del contendido fundamental de la fe. Muestra el descenso de Cristo hasta la muerte de cruz, el anonadarse, el hacerse nada, para luego ser ascendido “para que el cosmos entero se centre en Jesús”.

Al morir, el ser humano cae en la nada, tal como se lee en la célebre lápida del cardenal Portocarrero en la catedral de Toledo: “Aquí yace, polvo, ceniza y nada”. Por ende, en la resurrección de Jesús comienza una nueva creación “de la nada”, un nuevo Génesis. En incontables ocasiones el Nuevo Testamento concibe la salvación como una nueva creación, mediante el proceso de llegar a ser parte del cuerpo del Resucitado. Un ejemplo: “Toda persona que está en Cristo es una creación nueva. Lo antiguo ha pasado, lo nuevo ha llegado” (2 Cor 5,17).

Nuestra incorporación al cuerpo del Resucitado

Ahora bien, la resurrección se alcanza pasando por la cruz. No hay otro camino. “Si morimos en Cristo, viviremos con Él” (2 Tim 2,11). Morir con Cristo significa entregar la vida a favor del prójimo, en particular los pobres, los enfermos, los migrantes, los pecadores. Se trata de realidades cambiantes, en relación con las circunstancias históricas. La salud del planeta tierra, nuestra casa común (papa Francisco), el único que tenemos, surge cual obligación ética actual y apremiante, impensable en otros tiempos. Lo de morir puede ser literal. Tal el caso de los ecologistas asesinados en Costa Rica y de los líderes indígenas, crímenes impunes para vergüenza nacional. Pero puede ser un morir “a poquitos”. Cualquiera que haya intentado servir al prójimo sufriente sabe de los desaires y angustias que conlleva.

El eje de la pastoral y la predicación necesita ser, por imperativo bíblico – para satisfacer la sustancia del evangelio – el incorporarse al cuerpo del Resucitado sirviendo al prójimo. Resucitar en el amor solidario. “Hágase una criatura nueva”. “Realice en su persona la conmovedora verdad de que eres templo del Espíritu Santo”. La jerarquía católica insiste demasiado en el pecado. Ha convertido la eucaristía en un acto de petición de perdón. Diluye así su calidad de fiesta de la gracia. Inmediatamente después de que el presbítero presenta de modo solemne las especies consagradas, con las palabras “Este es el Cordero de Dios (…) el que quita el pecado del mundo”, la asamblea responde “Señor, no soy digno de que entres en mi casa”. Algunos feligreses, mujeres y hombres, me ha manifestado su desagrado por tener que declararse indigno. ¿Sería posible escoger como respuesta una frase más alegre, libre del antagonismo pecado-perdón, que de por sí se acaba de mencionar? Algo al estilo de: “Gracias, Señor Jesús”; “Señor, tu amor me dignifica”. Bien dijo el centurión romano que no era digno de que entrara en su casa, pues era pagano (aunque confiaba en Jesús). Pero nosotros hemos sido regenerados por el bautismo, creados miembros de su pueblo sacerdotal; Él nos ha colmado de dignidad.

Bien haría la jerarquía disminuyendo su hábito de tantos siglos de valorar a los feligreses como pecadores en acto o en potencia y tratarlos como redimidos y santificados, a sabiendas de que los santos también cometen pecados, según se lee en sus biografías.

La salvación que viene de Dios Padre por Jesucristo es creación de lo nuevo. Ya en el Antiguo Testamento se reza: “Oh Dios, crea en mí un corazón puro. Renuévame por dentro con espíritu firme” (Sal 50,12). “He aquí que hago nuevas todas las cosas” (Ap 21,5). Se une lo personal con lo social. Con el Resucitado comienza el futuro de la humanidad.

Desde hace siglos, el mensaje central de la Iglesia gira en torno a no cometer pecados para alcanzar una salvación de naturaleza moralizante e individualista, enfocada en la vida eterna más que en el presente. Urge pasar al mensaje propio de la Nueva Buena de Jesús: la nueva creación, arraigada en el Resucitado.